

ESTUDIO DEL CARACTER DE LA EMPERATRIZ CARLOTA  
VISTO A TRAVES DE LA LITERATURA MEXICANA

ESTUDIO DEL CARACTER DE LA EMPERATRIZ CARLOTA  
VISTO A TRAVES DE LA LITERATURA MEXICANA

By

MARGARITA ARMBRUSTER

Bachelor of Arts

Oklahoma Agricultural and Mechanical College

Stillwater, Oklahoma

1948

Submitted to the Department of Foreign Languages

Oklahoma Agricultural and Mechanical College

In Partial Fulfillment of the Requirements

for the Degree of

MASTER OF ARTS

1949

OKLAHOMA  
AGRICULTURAL & MECHANICAL COLLEGE  
LIBRARY  
NOV 4 1949

APPROVED BY:

*Jana L. Oursler*  
Chairman, Thesis Committee

*Arnold.*  
Member of the Thesis Committee

*Arnold.*  
Head of the Department

*W. C. McIntosh*  
Dean of the Graduate School

## INDICE

Prefacio.....iv

Capítulo I  
Introducción..... 1

Capítulo II  
Interpretación literaria del carácter de Carlota..... 5

Capítulo III  
Conclusión.....37

Bibliografía

## PREFACIO

Una cuestión sobre la cual se puede decir que todos los países del Nuevo Mundo están de acuerdo es la monarquía. De vez en cuando hemos visto surgir a un rey o a un emperador, pero su reinado no ha sido más que un breve entreacto en el continuo drama de un pueblo democrático.

Merece notarse, sin embargo, que ese mismo pueblo que ha sido despojado temporáneamente de su libertad, aunque lucha con todo tesón hasta lograr su independencia, generalmente es muy justo en su crítica del usurpador. Esto lo vemos muy evidentemente en el caso del Emperador Maximiliano y la Emperatriz Carlota de México. Es verdaderamente sorprendente lo bien que se les trata no sólo en la literatura del presente sino también en la de su día.

Hemos tomado como tema de particular interés el estudio del carácter de Carlota visto a través de la literatura mexicana. Como base histórica tenemos el Maximiliano íntimo de don José Luis Blasio quien fué el secretario privado del Emperador desde casi el principio de su mando. Este hombre, jovencito de unos veinte años cuando empezó el Segundo Imperio, vió llegar a los emperadores, vivió en palacio con ellos más como amigo que como servidor, viajó por México con Maximiliano, estuvo en Europa con Carlota cuando ésta se volvió loca y regresó a su patria a tiempo para presenciar el sitio de Querétaro y ser

encarcelado con su señor. Después de la muerte de éste, volvió a Europa donde fué testigo del entierro del malogrado Emperador y tuvo la oportunidad de hablar con la madre, la Emperatriz Sofía, y el hermano, el Emperador Francisco José, del desgraciado Habsburgo. No fué hasta treinta y ocho años más tarde, en 1905, que compiló sus notas, experiencias y memorias en este libro que nos da un conocimiento cabal de los acontecimientos que tuvieron lugar entre los años 1864 y 1867.

La novela histórica El Cerro de las Campanas del ardiente republicano Juan A. Mateos nos da el punto de vista de un enemigo del imperio que además de luchar al lado de Juárez, fué hecho prisionero por los franceses. Este libro es la combinación de novela romántica e historia del Segundo Imperio.

Miramar de Julio Jiménez Rueda es un drama en tres actos que fué estrenado en mayo de 1932. En él, el autor representa tres crisis en la vida de Carlota, la protagonista. El autor se apega tan sinceramente a la verdad que nos es posible trazar líneas enteras que son, según vemos en el libro de Blasio, las propias palabras de la Emperatriz.

La obra más reciente que hemos podido conseguir es el drama Segundo Imperio de Agustín Lazo, impreso en 1946.

El último autor mexicano cuya novela hemos leído con respecto a este estudio es Vicente Riva Palacio, quien además de ser escritor fué uno de los generales republi-

canos de más renombre. Aunque este acérrimo enemigo del imperio menciona a Carlota solamente una vez vale la pena de leer su libro Calvario y Tabor para llegar a un entendimiento profundo del modo de vivir y pensar de la gente de su día.

Otras obras que han sido de gran valor como fondo y que nos han dado más amplia comprensión de la vida, el carácter y el modo de ser de Carlota son Maximiliano y Carlota de Egon Caesar Conte Corti (traducida del alemán por Vicente Caridad), Carlota, Emperatriz de México de Nancy Barnes (traducida del inglés por Jorge L. Peralta Ramos) y Phantom Crown de Bertita Harding. Además de estos libros, nos ha sido preciso referirnos a varios periódicos e historias para verificar algunos datos en los cuales hemos encontrado diferencias de opinión entre los autores mexicanos.

## CAPITULO I

### INTRODUCCION

Carlota Amalia, Princesa de Bélgica, única hija del rey Leopoldo I y de la reina María Luisa, nació en Laeken el 7 de junio de 1840. Basta decir que era de familia real para que el lector sepa que no tuvo una infancia normal. Con eso no queremos decir meramente que se le obligó a estudiar más que a una niña cualquiera, y que se le hizo aprender a hablar muchos idiomas, sino que no se le permitió jugar como hubiera deseado hacerlo. Cuando se olvidaba de sí misma y empezaba a correr, saltar o hacer cualquier travesura propia de su edad, se le recordaban las palabras de su papá, "Una princesa siempre debe conducirse con dignidad real."<sup>1</sup>

Aunque siempre tenía presente estas restricciones sabemos por medio de Conte Corti que tuvo una niñez "feliz y alegre" la inteligente princesita:

"La pequeña princesa creció en la corte de su padre feliz y alegre, y mostró, sobre todo al principio, incluso ante sus maestros, que había heredado determinadas cualidades de su padre: inteligencia clara y objetividad; así como ilimitada ambición, vanidad personal y, en general, una inteligente concepción de la vida."<sup>2</sup>

En cuanto a su aspecto físico, no tenía muchas esperanzas de llegar a ser una belleza. Su padre fué el

---

<sup>1</sup> Nancy Barnes, Carlota, Emperatriz de México. p. 10

<sup>2</sup> Egon Caesar Conte Corti, Maximiliano y Carlota. p. 53



único que percibió lo que otros no parecían ver. Fué él quien dijo, "Creo que será la princesa más bella de Europa, ojalá que eso traiga felicidad."<sup>3</sup>

Podemos estar bastante seguros de que ni el rey Leopoldo siquiera pudo haberse imaginado que un enemigo de su hija llegaría a describirla como sigue:

"La bellísima Carlota Amalia tiene una fisonomía interesante, una simpatía profunda, alta, esbelta, majestuosa, unos ojos garzos de donde se desprenden miradas dominantes, a veces sombrías y doloridas, unos labios rojos y una dentadura de marfil, su cabeza perfectamente modelada; en todo aquel conjunto de contornos y de belleza, hay algo que no está de acuerdo con el arte, y es que la joven flamenca tiene las manos y los pies un tanto desproporcionados."<sup>4</sup>

De todas las descripciones que hemos hallado de ella, es ésta la única que contiene una observación adversa. En ningún otro libro hemos podido hallar ni una palabra acerca de sus manos. Y en cuanto a sus pies, en vista de la moda de entonces, ¿cuándo habrá tenido ocasión de verlos el señor Mateos?

Como es de suponerse, Carlota tuvo poco de que afligirse hasta 1850, año en que murió su señora madre. Entonces, además de sus estudios escolares, se le enseñó a dirigir los quehaceres del palacio. Esto le fué relativamente fácil porque su padre que tenía muchos intereses aparte de los del gobierno, la ayudaba en todo lo posible. Mas como ni la vida de una princesa puede ser perfecta,

---

<sup>3</sup> Egon Caesar Conte Corti, Ibid. p. 53

<sup>4</sup> Juan A. Mateos, El Cerro de las Campanas. p. 128

nos encontramos con que Carlota sentía algo que la inquietaba constantemente. Ese algo era el conocimiento de que se estaba acercando rápidamente a la edad en que su padre querría que se casara. Temía que él, a quien se le había llamado "el casamentero de Europa",<sup>5</sup> y que se había ganado el sobrenombre de "Tío de Europa"<sup>6</sup> la hiciera casarse con un hombre que no fuera de su gusto.

Grande fué la alegría de la romántica jovencita cuando el guapo archiduque Fernando Maximiliano de Austria la pidió en matrimonio a fines del año 1856. El 27 de julio del próximo año tuvo lugar el casamiento.

"Era sin duda un matrimonio de conveniencia dinástica, sin embargo, existía por ambas partes una simpatía tan grande que el matrimonio se convirtió en amor."<sup>7</sup>

La joven pareja se dirigió a Italia donde Francisco José, emperador de Austria y hermano mayor de Maximiliano, había nombrado a éste Gobernador general del reino de Lombardía y Venecia. Fué durante los dos años de su estadía en Milán que se puede decir que Carlota fué verdaderamente feliz.

De allí pasaron a Miramar que era su "hogar", un espléndido palacio de blanca piedra caliza que Max había hecho construir a orillas del hermoso mar Adriático. El

---

<sup>5</sup> Nancy Barnes, Op. cit., p. 19

<sup>6</sup> Nancy Barnes, Ibid., p. 26

<sup>7</sup> Egon Caesar Conte Corti, Op. cit., p. 54

hecho de que vivían en un verdadero paraíso y que no tenían absolutamente nada en que ocuparse hizo que se aburrieran. Los dos estaban demasiado bien de salud para que ni una enfermedad se compadeciera de ellos. No se peleaban nunca y no tenían por qué estar tristes, así es que estaban sumidos en la más profunda monotonía cuando se les ofreció un imperio.

Ahora hemos llegado al punto donde empiezan la mayor parte de los autores mexicanos a tratar de los episodios que a ellos les son de más importancia en la vida de la que por dos breves años vivió en México como su Emperatriz.

---

## CAPITULO II

## INTERPRETACION LITERARIA DEL CARACTER DE CARLOTA

Todo el mundo está de acuerdo en que si no hubiera sido por la ambición de Carlota Amalia de sentir sobre su frente la presión de una corona, su joven esposo, el archiduque Fernando Maximiliano, nunca habría llegado a ser Emperador de México. Los literatos mexicanos expresan esta idea cada uno como quiere, pero, tarde o temprano, todos la mencionan.

El drama Miramar de Julio Jiménez Rueda comienza en el castillo de ese nombre la noche antes de la partida del "Novara" que ha de conducir a los nuevos emperadores y a su séquito a las playas de su nuevo reino. El cocinero húngaro, José Tudós, y el camarista de las confianzas del Emperador, Antonio Grill, están apoyados en la balaustrada de la terraza, hablando acerca de todo lo que ha ocurrido últimamente. Cuando llegan al tema de su viaje a México, Tudós dice, refiriéndose a Carlota, "A ratos se dijera que ella es la verdadera autora de este viaje,..."<sup>1</sup>

Agustín Lazo hace uso de este mismo viaje para poner en el escenario una escena entre Carlota y su esposo en que ella, con certidumbre y positividad le alienta cuando flaquea su espíritu:

"Eramos la pareja destronada de este viejo mundo, teniendo, como ninguna, los dotes del corazón y de la

---

<sup>1</sup> Julio Jiménez Rueda, Miramar, p. 19

sangre para gobernar sabiamente. Con la experiencia de los siglos, con la sed del porvenir, vamos a crear un mundo nuevo."<sup>2</sup>

Los republicanos, sin embargo, llaman celos a lo que otros le dan el nombre de ambición:

"La hija predilecta del rey Leopoldo, que veía con celo a su hermano cerca del escaño del trono y perpetuarse la dinastía de Francisco José en Austria, sintió ensanchar su corazón, y aquel cerebro calenturiento comenzó a poblarse de ensueños de esplendor, que acabaron por dominar a la interesante Carlota de Austria."<sup>3</sup>

Pero unas cien páginas más adelante este mismo autor nos dice que la joven "archiduquesa" (nótese el uso de su antiguo título en vez del de "emperatriz") aunque tenía casi todo lo que podía desear en México, no olvidaba las delicias de Europa, mas "su ambición satisfecha la mantenía resuelta sobre el trono".<sup>4</sup>

Estos deseos y estas ambiciones por parte de Carlota conducen a Blasio a hacer una comparación sumamente interesante entre ella y Eva y entre los jardines de Miramar y el jardín de Edén:

"Es un paraíso perdido, donde, como en el otro, Eva fué la que primero pecó: la serpiente del orgullo se dirigió desde luego a la mujer que cogió la manzana y la mordió presentándola después a su esposo. Esa cabeza juvenil de archiduquesa tenía nostalgias de corona y de gloria. En la terrible aventura de México los futuros historiadores deben buscar a la mujer."<sup>5</sup>

---

<sup>2</sup> Agustín Lazo, Segundo Imperio, p. 15

<sup>3</sup> Juan A. Mateos, El Cerro de las Campanas, p. 122

<sup>4</sup> Juan A. Mateos, Ibid., p. 203

<sup>5</sup> José Luis Blasio, Maximiliano íntimo, p. 232

Su animoso corazón se hace ver desde un principio. Cuando su esposo se retira a sus habitaciones un poco descompuesto por las fatigas del día, o porque se siente demasiado cansado para hacer frente a los huéspedes que debiera agasajar, es Carlota la que hace los honores. En Miramar mismo sucedió eso con la Delegación Mexicana.<sup>6</sup>

Es justamente ese incidente que mueve a Günner, apuesto teniente coronel en el servicio de la real pareja a comentar:

"Como que si no fuera por el valor y el empeño de la Emperatriz, mucho me temo que el Príncipe Max seguiría coleccionando mariposas con el Profesor Billimeck en el parque del castillo de Miramar."<sup>7</sup>

Por una razón u otra este incidente de las mariposas ha sido objeto de mención de cuantos autores han tratado de la vida del emperador. La mayoría de ellos parece creer que es una gran debilidad de carácter o que por lo menos debe de referirse a él como a una peculiaridad singular. Sin embargo, si se tiene en cuenta que a Max le interesaban más las ciencias naturales y el arte que la política, hay que admitir que no tiene nada de raro. Y, ¿por qué será que nadie ha hecho uso de un párrafo corto que escribió Blasío hace más de cuarenta años?

"La Emperatriz era muy aficionada también a pasear por aquellos jardines, llevando juntamente con sus damas de honor redes de tupido tul para atrapar mariposas destinadas a enriquecer las colecciones del profesor

---

<sup>6</sup> Julio Jiménez Rueda, Op. cit., p. 31

<sup>7</sup> Julio Jiménez Rueda, Ibid., p. 32

Billimeck."<sup>8</sup>

No decimos que debiera usarse esto como medio de ridiculizar a Carlota como se está haciendo con Max, sino que se use para mostrar el modo en que ella trató de adaptarse a las costumbres y a los gustos de su esposo tanto como a los de los países donde fué a vivir.

Sólo una mujer de inteligencia superior puede haber aprendido a leer, escribir y hablar por lo menos cinco idiomas tan bien como los aprendió ella. Sólo una mujer de su aptitud y de su aspiración se hubiera molestado en estudiar la botánica para poder hablar con conocimiento con su analfabeto jardinero.<sup>9</sup> Unicamente ella se hubiera empeñado en hacerle aprender a su esposo el italiano y el español hasta el punto de sentarse con él un rato todos los días para ayudarle. Y sólo a Carlota se le hubiera ocurrido comprar y estudiar todas las historias, geografías y demás libros escritos acerca de México en seguida que supo que había una posibilidad de que Napoleón III les ofreciera un imperio en el Nuevo Mundo. Además de aprender cuanto pudo concerniente a ese país, se puso al tanto de los antecedentes de aquellos individuos que formaban la diputación mexicana que fué a Miramar para presentarles el acta, de modo que pudo hablarles con un tacto y una discreción admirables.

---

<sup>8</sup> José Luis Blasio, Op. cit., p. 182

<sup>9</sup> Bertita Harding, Phantom Crown, p. 48

"--Caballero--dijo a Aguilar y Marcho,--vuestro dictamen pasará siempre por una de las piezas más distinguidas de la época; los obispos mexicanos me han hecho merecidas alabanzas de vuestra persona, y conservan muy buenos recuerdos. Caballero--prosiguió, dirigiéndose a Velázquez de León,--os felicito por los adelantos del colegio de Minería, que tiene fama en la misma Europa. Vos--le dijo a Iglesias,--sois pariente de una heroína de la independencia de América, así lo dice Alamán en su historia; yo me felicito de conocerlos..."<sup>10</sup>

Aunque estas palabras que Mateos ha puesto en boca de nuestra protagonista no fueran las que ella pronunció al pie de la letra, por lo menos nos dan una buena idea de lo galante que era en su trato y de lo bien que conocía el lenguaje refinado de las cortes.

La perspicacia de Carlota relució cuando, a bordo del "Novara" se enteró de que su marido iba a empezar a redactar las fichas para el Ceremonial de la Corte. Esto parece haber sido, para él, más que un pasatiempo, un medio por el cual olvidarse de las malhadadas realidades que constantemente le embargaban, pues su secretario privado nos hace saber que hasta en los últimos días de su vida, durante el sitio de Querétaro, con las balas silbando sobre su cabeza, se paseaba:

"...dictándome, en circunstancias tan críticas, un nuevo ceremonial de la corte, cosa que a la verdad, me parecía perfectamente ridícula."<sup>11</sup>

La audaz esposa se extrañó sobremanera de que Maximiliano pensara hacer semejante cosa porque, según ella: "Nosotros

---

<sup>10</sup> Juan A. Mateos, Op. cit., p. 128

<sup>11</sup> José Luis Blasio, Op. cit., p. 346



tenemos algo más urgente. La protesta contra nuestra pretendida renuncia a la sucesión del Trono de Austria."<sup>12</sup> Y era verdad. Francisco José le había hecho firmar una acta de despojo a su hermano, por la cual ni él ni ninguno de sus descendientes podría pretender nunca jamás al trono de Austria. A Carlota no le molestaba únicamente renunciar a algo que ella, con una corona en México, realmente no echaría de menos, sino que le molestaba pensar que quizás por ese papelucho, sus hijos aún no nacidos perderían toda oportunidad de reinar algún día en Europa.

Su crianza real inculcó en ella el deseo y hasta la necesidad de estar al frente de un pueblo. Desde el día de su nacimiento había sido instruida esmeradamente en el porte y los deberes de una reina. Era de esperarse que sintiera un vivo deseo de poner en práctica todos sus conocimientos en la materia. Por eso dijo ella, antes de ir a México, "En el gobierno le estará reservado a la Emperatriz, el impulso a la ciencia y las obras de caridad..."<sup>13</sup>

Quería fundar museos, institutos, laboratorios, hospitales; en fin, quería "servir de madre a los mexicanos" como nos dice Almonte:

"Tengo un autógrafo de la archiduquesa Carlota, dirigido a mi esposa, en el que le asegura que, después de obtener un feliz resultado en el arreglo de

---

<sup>12</sup> Agustín Lazo, Op. cit., p. 16

<sup>13</sup> Julio Jiménez Rueda, Op. cit., p. 61

las cuestiones de Polonia y México vendrá con suma satisfacción a servir de madre a los mexicanos."<sup>14</sup>

Y no se satisfizo con sus buenas intenciones como hacen algunos, sino que llevó a cabo muchos de sus proyectos y usó de sus propios fondos para hacer obras caritativas en todos los pueblos que visitó. Así es que oímos que:

"Tanto en Puebla, como en Cuernavaca, como en Mérida, como en México, dejó gratísimos recuerdos y en ninguno de los lugares que visitó hubo nunca descontentos que manifestaran hacia ella antipatía u odio."<sup>15</sup>

Pero, por desgracia, ni las coronas, ni el dinero, ni la belleza, ni las buenas intenciones combinadas con las buenas acciones pueden asegurar la felicidad de una persona. Carlota fué muy feliz durante los dos años de su "luna de miel" en Milán, mas después de eso empezó a sentir que algo le faltaba. En Miramar, como hemos dicho antes, es donde se aburrió a las pocas semanas de haber llegado. Al principio no sabía por qué tenía esa sensación de soledad, pero cuando fué con Max a Austria a visitar al emperador Francisco José y a su familia, se dió cuenta de que lo que echaba de menos era la falta del murmullo de alegres vocecitas y de ansiosos piecitos reverberando en los tristes corredores de su augusto palacio.

Es natural que en cada biografía e historia escrita acerca de esta pareja se mencione algo de su romance. To-

---

<sup>14</sup> Juan A. Mateos, Op. cit., p. 148

<sup>15</sup> José Luis Blasio, Op. cit., p. 215

dos los autores convienen en que tuvieron una vida conyugal muy feliz durante su estadía en Italia. Unicamente Jiménez Rueda en su drama dice, mientras la escena se halla todavía en Miramar, que Carlota es "digna de mejor suerte...un amor verdadero."<sup>16</sup> Esto no es nada extraño si se tiene en cuenta que a un dramaturgo, aunque esté tratando de un asunto puramente histórico, le es permitido variar el orden cronológico de los sucesos como artificio literario.

Hay quienes, como Bertita Harding y Nancy Barnes, creen que su vida de casados fué un continuo idilio; pero Blasio nos informa que, aunque él mismo no puede testificarlo, el camarista del Emperador le aseguró que éste iba con frecuencia a Cuernavaca para ver a la hija de un empleado de gobierno.<sup>17</sup> Por supuesto, se ha hecho uso de este rumor en las novelas. Por ejemplo, Mateos hace que una bella jovencita, hermana de un valiente guerrillero republicano, se enamore del guapo austriaco. Pero, créase o no, este autor enemigo del imperio repite varias veces que Maximiliano no le dejó saber a Guadalupe, que así se llamaba la muchacha, quien era él. En todo el curso de sus puros amores ella creyó que era un pobre pero simpaticuísimo capitán.

A nosotros no nos será dado nunca saber la íntegra verdad, pero de labios de quien mejor nos puede decir,

---

<sup>16</sup> Julio Jiménez Rueda, Op. cit., p. 33

<sup>17</sup> José Luis Blasio, Op. cit., p. 194

sabemos que:

"A nadie se le escapaba sin embargo, que miraba con ojos de deseo a tales o cuales damas de las más hermosas de la corte y cuando se hablaba con toda discreción de asuntos galantes, la Emperatriz sonreía con cierta tristeza que todos observábamos."<sup>18</sup>

Sea como fuere, no cabe duda de que Carlota no era del todo feliz. Ella sabía muy bien que se hablaba en círculos republicanos tanto como en los monárquicos acerca de la carencia de un heredero al trono. Sabía que se había escrito una carta en la cual decía de ella que "su inquieta actividad política, no es sino un derivativo de su impotencia para concebir."<sup>19</sup> Por eso es que, con el fin de apaciguar en parte tan vil chismería, se decidió a adoptar a uno de los nietos del malhadado Emperador Iturbide, a quien trató como si fuera su propio hijo hasta que salió de México. Maximiliano también cobró gran cariño por el pequeñuelo y fué él quien, para asegurar la protección del niño, se lo devolvió a su madre, Alicia de Iturbide, que era ciudadana de los Estados Unidos.

La mejor cosa que puede hacer una persona que no es del todo feliz es tomar profundo interés en algo y trabajar en ello hasta olvidarse de sus penas. Eso es precisamente lo que hizo Carlota. Habiendo estudiado ya de antemano cuanto pudo acerca del pueblo mexicano era natural que siguiera con empeño sus observaciones de primera mano. De

---

<sup>18</sup> José Luis Blasio, Ibid., p. 195

<sup>19</sup> Agustín Lazo, Op. cit., p. 52

su padre había aprendido muchísimo en cuanto a la política, y en México ella utilizó los buenos consejos del anciano rey. Deseos de serle útil a Max la consumían, e hizo uso de su tacto, su gentileza, su valor y su gran inteligencia para allanar las dificultades que surgían en el gobierno de su nuevo reino. "Carlota de Austria presidía algunos consejos con un tacto admirable. Era el consejero más hábil de Maximiliano."<sup>20</sup> Cuando él salía de la Ciudad de México, era ella y no un subordinado cualquiera quien quedaba al frente de los imperialistas. Fué durante una de las ausencias de su marido que estableció una ley para aliviar los terribles abusos de los peones indios en las haciendas.<sup>21</sup> Como se ha intimado antes, era ella quien asumía toda la responsabilidad de recibir y obsequiar a los huéspedes que llegaban al palacio cuando su esposo no podía hacerlo.

A la llegada del Nuncio de Roma, el Consejero de Estado, Teodosio Lares, sugirió que Carlota tuviera con él una entrevista privada, y cuando ella mantuvo que le parecía inútil tal acto, Lares respondió:

"Creo, por el contrario, que el tacto y la gentileza de vuestra Majestad ejercerían, sobre él, la influencia más benéfica; amortiguarían, quizás, el choque de la recepción oficial."<sup>22</sup>

---

<sup>20</sup> Juan A. Mateos, Op. cit., p. 303

<sup>21</sup> E. H. Gruening, "Last Empress of México", Nation, CXXIV (1927), p. 111

<sup>22</sup> Agustín Lazo, Op. cit., pp. 69-70

Y más tarde, cuando se vió que por ningún medio podían conseguir ayuda de Europa; fué ella quien tomó sobre sí la responsabilidad de ir a Francia y a Italia en persona para implorar a Napoleón III y a Pío IX que les dieran apoyo. Maximiliano en una carta que le escribió a su madre anunciándole la inminente partida de su esposa, dice: "Carlota hace un viaje al viejo mundo para trabajar como nuestro más seguro y hábil diplomático en los asuntos mexicanos."<sup>23</sup> Y a su hermano Carlos Luis le escribe: "Carlota con su seguro tacto precisará en qué medida podemos todavía contar con la ayuda de la vieja y podrida Europa."<sup>24</sup> Merece notarse que tres de nuestros autores han hecho uso de la palabra "tacto" hablando de la joven Emperatriz. Bertita Harding también la emplea cuando nos dice que Carlota ganó el corazón de la reina Victoria de Inglaterra con su tacto y encanto: "Carlotta in turn won the queen's heart anew by her tactfulness and charm."<sup>25</sup> Hemos hallado solamente un pasaje donde se dice lo contrario, y es:

"Siempre tendría confianza en sus poderes de persuasión. ¡Pobre Carlota! Nunca pudo darse cuenta de que era demasiado imperiosa, demasiado impaciente como para ser persuasiva. Allí donde Max era todo amabilidad y tacto, consiguiendo muy a menudo su intento de ese modo, Carlota era demasiado enérgica para obtener tal éxito. Y siempre trataba de convencer a la gente, razonando, recurriendo a su inteligencia,

---

<sup>23</sup> Egon Caesar Conte Corti, Op. cit., p. 469

<sup>24</sup> Egon Caesar Conte Corti, Ibid., p. 475

<sup>25</sup> Bertita Harding, Op. cit., p. 111

no a sus sentimientos."<sup>26</sup>

Aunque la autora de esta observación no es mexicana, hay que escuchar lo que dice y estudiarlo detenidamente porque por algo lo habrá dicho. Podemos estar bastante seguros de que lo que la movió a hacer tal declaración fueron los actos y las palabras de la Emperatriz a su llegada a Europa, puesto que más adelante menciona en tono saturado de sarcasmo que "ésta es la primera manifestación del 'fino tacto' de Carlota,"<sup>27</sup> de los telegramas que mandó la joven a Bruselas y a Viena. En ellos les informó a su hermano y a su suegra que no podía visitarlos por razón de la actitud de sus gobiernos hacia México. Es verdad que si fuera eso lo único que supiéramos del caso, estaríamos completamente de acuerdo con la señorita Barnes; pero sabemos que el 5 de julio de 1866, en vísperas de la partida de su esposa, el emperador Maximiliano le escribió a su madre las siguientes palabras:

"Por desgracia no puede ahora, por motivos políticos, visitar Bruselas y Viena y creo también que su presencia molestaría allí en estos difíciles momentos. Sobre todo el gobierno austriaco se vió forzado por la situación política a proceder con nuestros voluntarios en Trieste de una manera que hace imposible en este momento un viaje de Carlota a Viena. Iguales motivos le impiden visitar Bruselas. Este, es verdad, es un duro sacrificio para la pobre Carlota, pero el deber es ante todo."<sup>28</sup>

---

<sup>26</sup> Nancy Barnes, Op. cit., p. 121

<sup>27</sup> Nancy Barnes, Ibid., p. 185

<sup>28</sup> Egon Caesar Conte Corti, Op. cit., p. 470



Nadie puede saber cual de los emperadores fué el primero en decir, "No vayas (o no voy) a Austria ni a Bélgica." Pero sabiendo que la decisión fué hecha por razones de estado, ¿quién sabe si no fué a pedido de los consejeros que tomaron esa resolución? Y si no tuviéramos esta carta como prueba de que Carlota no debe cargar enteramente con el reproche del mundo por esa acción, sí debiéramos tener en cuenta que tuvo lugar en el período en que hoy sabemos que la mente de la infeliz princesa se estaba trastornando.

El gran valor de Carlota es un rasgo en que todo el mundo está de acuerdo. No era nada miedosa y lo demostró en muchas ocasiones. Tenemos, por ejemplo, lo que sucedió mientras todavía estaban en Italia. Resulta que un día le llegó a Max el rumor de que estarían acechándolo unos asesinos en cierta calle. Cuando Carlota se enteró de ello, decidió que los dos atravesarían la calle a pie dejando que su carruaje los siguiera lentamente. Sea que los asesinos se hayan sorprendido tanto que se olvidaron de su sangüinaria intención, o sea que las embobadas muchedumbres que se apretujaron alrededor de la joven pareja hayan impedido la tentativa, el caso es que no tropezaron con ningún contratiempo. Maximiliano no podía expresar con palabras la admiración que este acto por parte de su esposa inflamó en él.

"Y durante toda la vida que vivieron juntos, nunca la vió amedrentada. Más que cualquier otra cosa, eso era lo que adoraba en ella. El homenaje a la



valentía de cualquier persona era casi un deber para los Habsburgo."<sup>29</sup>

No fué únicamente en Europa donde mostró su coraje. Apenas anclaron en Veracruz, México, cuando las señoras del séquito notaron unas aves negras del tamaño de un pavo, que, según un marino, "bajan de las alturas para devorar los cadáveres".<sup>30</sup> Carlota, que llegó a tiempo para oír las exclamaciones de horror de sus damas y para averiguar qué era lo que las asustaba, se rió y las calmó diciendo: "¿Y es eso lo que os asusta?...Arrojaremos los zopilotes."<sup>31</sup>

Otra cosa que espantaba a todos, inclusive a los mexicanos, era el vómito en el mismo pueblo de Veracruz. Los que tenían que pasar por allí lo hacían lo más aprisa posible, y si podían de cualquiera manera evitar el tránsito, lo hacían. Había veces en que el peligro era mayor, y fué justamente durante uno de los períodos graves que Carlota tuvo que pasar por la zona para hacer su muy importante viaje a Europa. El riesgo que arrojó fué comentado muchísimo entonces, y aun hoy día no deja de asombrarnos el pensar que una joven soberana se arriesgaría la vida de tal modo con el fin de emprender una misión que nadie había podido llevar a cabo con éxito.

---

<sup>29</sup> Nancy Barnes, Op. cit., p. 49

<sup>30</sup> Agustín Lazo, Op. cit., p. 27

<sup>31</sup> Agustín Lazo, Ibid., p. 29

El Diario Oficial anunció en sus columnas el viaje de la Emperatriz de la siguiente manera:

"Su Majestad la Emperatriz parte mañana para tratar los intereses de México y arreglar diversos asuntos internacionales. Esta misión aceptada por nuestra soberana con verdadero patriotismo es la mayor prueba de abnegación que haya podido dar el Emperador a su nueva patria; tanto más cuanto que la Emperatriz va a afrontar el peligro del vómito, que en esta época hace víctimas en la costa de Veracruz, tan peligrosa durante la estación de lluvias."<sup>32</sup>

Maximiliano mismo usó casi las mismas palabras en su carta a Carlos Luis:

"El viaje de Carlota es el mayor sacrificio que he hecho por mi nueva patria y es tanto más grande cuanto que Carlota tiene que atravesar en el peor tiempo la mortal región de la fiebre amarilla."<sup>33</sup>

Jiménez Rueda usa el incidente en su drama "Miramar" donde lo resume todo en pocas palabras pronunciadas por dos de sus personajes: "Tiempo peligroso para llegar al puerto..."<sup>34</sup> y "El vómito ha causado muchas víctimas este año."<sup>35</sup>

Mas, como se ha dicho antes, Carlota no se dejó intimidar. Lo que temía ella no era lo que temían los demás:

"No temo sino la vergüenza y la inacción. ¡Temo el regreso!...Que veamos el éxito o no; que debamos morir después o antes, no importa. El tiempo es sólo cuestión de intensidad y de recuerdo."<sup>36</sup>

---

<sup>32</sup> José Luis Blasio, Op. cit., p. 210

<sup>33</sup> Egon Caesar Conte Corti, Op. cit., p. 475

<sup>34</sup> Julio Jiménez Rueda, Op. cit., p. 78

<sup>35</sup> Julio Jiménez Rueda, Ibid., p. 79

<sup>36</sup> Agustín Lazo, Op. cit., p. 108

Y después de todo no fué sólo el vómito lo que pudo haberla asustado, sino que los malos caminos y el tiempo se combinaron en su contra, porque vemos que, según la historia:

"La lluvia y la tormenta dificultaron el viaje hacia la costa. Incluso en una ocasión se rompieron las ruedas del coche de la emperatriz y Carlota, impaciente y nerviosa, quiso seguir el viaje a caballo."<sup>37</sup>

Lazo, haciendo uso de los privilegios del dramaturgo, nos dice que:

"Las Cumbres de Maltrata las cruzó a caballo... Para llegar a tiempo. Parece ser que las ruedas de su coche se rompieron y no quiso detenerse. ¡Al menos es valiente! Sus damas no habrían hecho otro tanto."<sup>38</sup>

Es verdad que Carlota quiso seguir el viaje a caballo, pero fué disuadida de tan descabellado proyecto por el jefe de la escolta.

Después de toda esta muestra de ánimo, Riva Palacio les dice a sus oficiales que la Emperatriz ha tomado "las de Villadiego": "...la revolución toma un nuevo sendero; ¡señores! Carlota ha tomado las de Villadiego; el imperio se desmorona."<sup>39</sup>

Y era justamente para evitar el desmoronamiento del imperio que la orgullosa Emperatriz fué a Europa. Había una cosa que, con toda la inteligencia del mundo, no podría haber comprendido ni concebido jamás. Era--la abdi-

---

<sup>37</sup> Egon Caesar Conte Corti, Op. cit., p. 476

<sup>38</sup> Agustín Lazo, Op. cit., p. 119

<sup>39</sup> Juan A. Mateos, Op. cit., p. 335

cación. Cuando supo que Max había osado permitirse pensar en tan extremada acción hizo todo lo posible por disuadirle. En uno de sus arranques oratorios la oímos decir:

"¡Abdicar! ¡Nunca!...Carlos X, mi abuelo, el Rey Luis Felipe se perdieron por abdicar. Abdicar es condenarse a la vida más triste y degradante. Es discernirse un certificado de incapacidad. Esto no es perdonable sino en los viejos, en los pobres de espíritu, no en un príncipe de treinta y dos años."<sup>40</sup>

Lazo hace uso de casi las idénticas palabras en su drama:

"Abdicar es condenarse; es otorgarse a sí mismo un certificado de incapacidad. ¡Eso no se concibe sino en un imbécil o en un anciano! ¡Eso no se le pide a un príncipe de treinta y cuatro años y que es, además, un Habsburgo!...Cuando se ha aceptado dirigir los destinos de un país, se aceptan también sus riesgos: la Soberanía es el depósito más sagrado que existe entre los hombres."<sup>41</sup>

En las palabras que le dirige conmovida a su dama de honor vemos que piensa en las consecuencias de la abdicación, y que para ella sería una desgracia mil veces peor que la muerte:

"Volver a Miramar fugitivos, desterrados, expulsados primero de la familia reinante en Austria, después de nuestro Imperio...Encerrarse en esa roca durante toda la vida...Llegar a la vejez contemplando el mar...Oyendo las canciones de los pescadores, siempre tristes...La canción del mar...No, no, Rosa Munz, primero la muerte...¡Primero la muerte, Rosa Munz!"<sup>42</sup>

Por más que la historia nos haga suponer que Carlota

---

<sup>40</sup> Julio Jiménez Rueda, Op. cit., pp. 135-136

<sup>41</sup> Agustín Lazo, Op. cit., p. 130

<sup>42</sup> Julio Jiménez Rueda, Op. cit., p. 132

tuvo toda la culpa de la permanencia de su marido en el trono, está bien que sepamos que hubo también otros factores que contribuyeron al hecho casi tanto como la gallardía o, según dicen, la ambición de ella. Entre ellos se halla la carta de la archiduquesa Sofía, madre de Maximiliano, en que decía que el honor de los Habsburgo no permitía que él se retirase del país; que debía permanecer en México a esperar el resultado de la causa imperialista por dudoso que fuera.<sup>43</sup>

Cuando varios meses más tarde recibió la noticia de la "congestión cerebral" de su esposa, Max quiso volver inmediatamente a Europa para estar a su lado; pero, por desgracia, había en su séquito varias personas que sabían que con apelar a su "honor", podrían convencerle a quedarse en México. Parecía que no teniendo a Carlota, era incapaz de tomar una decisión; por lo tanto preguntó a todos los que le rodeaban qué debía hacer. Por fin decidió dejar el problema en manos de sus consejeros y ministros, y mientras ellos discutían y decidían su destino, él recorrió los campos con el naturalista Billimeck coleccionando mariposas e insectos. De la votación resultaron ocho votos por la abdicación y diez por el sostenimiento del Imperio, "y de estos diez hay que tener en cuenta que cuatro eran ministros, quienes tenían derecho a votar doble".<sup>44</sup>

---

<sup>43</sup> José Luis Blasio, Op. cit., p. 293

<sup>44</sup> José Luis Blasio, Ibid., p. 290

Y después de esto, su madre volvió a escribirle, diciendo:

"No puedo por menos de aprobar enteramente tu resolución de quedarte en México a pesar de tu deseo, tan natural, de acudir junto a Carlota, pues así has evitado la apariciencia de haber sido expulsado..."<sup>45</sup>

Sigue con una descripción de la Navidad que pasaron en Viena los de la familia real, y concluye con las palabras que le habían extrañado, pero que "a pesar de todo debo desear ahora que permanezcas en México todo el tiempo posible y que puedas hacerlo con honor".<sup>46</sup>

A fin de no extraviarnos demasiado del orden cronológico de los acontecimientos en la vida de nuestra protagonista, mencionaremos ahora los dos incidentes que fueron los primeros indicios del extravío mental de la soberana. El primero ocurrió en Puebla donde pernoctó, camino a Veracruz. Parece que a media noche se levantó de repente y se dirigió a la casa de un tal señor Esteva, que había sido prefecto imperial de Puebla. Llamó a sus habitaciones, y cuando por fin le abrieron las puertas, recorrió las piezas vacías, y sin darle cuenta a nadie de lo que había motivado tan extraña visita, volvió a su domicilio.<sup>47</sup>

Blasio también nos cuenta el segundo episodio que, por

---

<sup>45</sup> Egon Caesar Conte Corti, Op. cit., p. 576

<sup>46</sup> Egon Caesar Conte Corti, Ibid., p. 577

<sup>47</sup> José Luis Blasio, Op. cit., p. 212

ser más llamativo, fué usado por el dramaturgo Agustín Lazo. Resulta que en el muelle de Veracruz, cuando llegó la lancha que había de conducirla a bordo del "Emperatriz Eugenia" resistió a embarcarse mientras no se cambiara la bandera francesa por la mexicana. Todo el mundo sabía que ese cerebro privilegiado no podía ignorar la antigua costumbre naval de que todo barco extranjero iza la bandera de su nación. Pero ella insistió y cuando dijo violentamente: "...decid al Comandante del navío que no subiré a esa barca mientras no haya izado nuestro pabellón imperial,"<sup>48</sup> Cloué, el comandante de la marina francesa mandó que se hiciera el cambio y, con gran elegancia y cortesía condujo a la soberana al bote que debía llevarla a bordo.

Nadie sospechó mientras estuvo en México que dentro de pocos meses se la declararía loca durante su estadía en Roma. Como a los reyes se les permite cierto grado de excentricidad que no se nos admitiría a los plebeyos, y como Max no presencié ninguno de los sucesos, ambos acaecimientos pasaron inadvertidos por el momento.

Desde este punto en adelante, todos los actos de Carlota han sido estudiados teniendo en cuenta su desequilibrio mental. Es casi como si existiera un microscopio especial para el análisis de las acciones de los dementes cuyo vidrio de aumento tuviera el poder de recoger todas clases de peculiaridades que, tomadas en conjunto, consti-

---

<sup>48</sup> Agustín Lazo, Op. cit., p. 140



tuirían prueba suficiente de locura. A todos nos llama la atención cuando una persona formal varía en lo más mínimo en su modo de hacer o de ser. Por ejemplo, tenemos muchas descripciones de los vestidos que llevaba Carlota, del buen gusto que demostró tener, y de su prolijidad en su persona.

"...la Emperatriz vestía riquísimo traje de seda blanco bordado de oro, y de sus hombros caía largo y rico manto de terciopelo carmesí bordado de oro también, al cuello llevaba un hilo de brillantes y dos sargas de perlas, y en la frente la diadema imperial formada con gruesos brillantes."<sup>49</sup>

Así fué a la celebración del Corpus poco tiempo después de su llegada a México. Otro cuadro en palabras:

"Lucía vestidos del celestial azul, que le gustaba tanto; trajes que dejaban al descubierto sus hombros virginales. Partía su cabello en el medio, estirándolo suavemente hacia atrás, por encima de sus pequeñas orejas, encuadrando el puntiagudo óvalo de su preciosa carita."<sup>50</sup>

Por eso es que cuando se pone un vestido algo arrugado, es comentado por varias personas.<sup>51</sup> Esto sucedió en París cuando fué a visitar a Napoleón III y a la Emperatriz Eugenia. Le pareció mejor llevar un vestido negro y, aunque estaba un tanto arrugado del viaje, se lo puso. Quizás haya sido el grande sombrero blanco de última moda que acababa de comprar esa misma mañana en la capital de los estilos que hizo resaltar tanto las famosas arrugas.

Ya en la casa real de Saint Cloud nos encontramos

---

<sup>49</sup> José Luis Blasio, Op. cit., p. 48

<sup>50</sup> Nancy Barnes, Op. cit., p. 110

<sup>51</sup> Egon Caesar Conte Corti, Op. cit., p. 499



frente a otra situación que ha ganado fama. La bebida favorita de Carlota era el jugo de naranja. Las damas de la soberana sabían eso, y cuando vieron que la entrevista de su señora con el Emperador de los franceses se prolongaba más de lo que habían pensado y que hacía tanto calor que ellas mismas se sentían incómodas, decidieron pedir que se le llevara un vaso de refresco. No podían saber que la joven estaba muy excitada y que cualquiera interrupción la hubiera molestado sobremanera. Así es que, cuando "un lacayo apareció con una bandeja de plata sobre la cual llevaba una ampolla con jugo de naranja"<sup>52</sup>, se rehusó a tomarlo. Sólo después de mucha persuasión de parte de la emperatriz francesa se dignó beber, y eso precipitadamente. El hilo de la conversación ya se había perdido y de nada le hubiera servido quedarse en el palacio más tiempo. No fué hasta su viaje a Roma en el cual empezó a ponerse muy sospechosa de cuantos la rodeaban que le vino la idea de que los franceses habían tratado de envenenarla.

Lazo, cambiando otra vez el orden cronológico de las cosas, usa el incidente inmediatamente antes de la partida de Carlota de México. Esta vez es la señora del Barrio quien le trae naranjada a Su Majestad y Carlota grita repetidamente: "No he pedido eso. ¡Llévaos eso!"<sup>53</sup>

La prueba de tener que explicarles sus cuitas a los

---

<sup>52</sup> Nancy Barnes, Op. cit., p. 192

<sup>53</sup> Agustín Lazo, Op. cit., p. 125

franceses quienes antes de su llegada ya sabían que no harían absolutamente nada para ayudarla, y el suplicio de ver que los hombres a quienes estaba apelando, aunque se mostraban suaves, sonrientes y atentos, tenían las mentes fijas, como murallas, en contra de cualquier ulterior intervención en México, terminaron por enfermar a Carlota. Su médico tuvo que recurrir a subterfugio para que la joven no emprendiera inmediatamente un viaje a Italia. Cuando hubo descansado unos días se le permitió ir a Miramar donde pasó una quincena tan tranquila que dió el aspecto de haber recobrado todas sus fuerzas. Así es que nadie le dió la contra cuando decidió proseguir a Roma. Pero apenas hubo comenzado el viaje, empezó a dar inusitadas muestras de fatiga, y cuanto más cansada estaba, más sospechosa y más petulante se ponía.

Maximiliano le había mandado unos papeles y documentos de importancia con su fiel secretario Blasio. Carlota, que como su esposo, siempre había tenido la mayor confianza en el fidedigno joven mexicano, le interrogó varias veces tratando de averiguar todos sus movimientos desde que hubo llegado a Europa. Se sobrentiende que el pobre se afligió muchísimo de ver que su soberana dudaba de él. Sin embargo, ella le explicó que no era él de quien desconfiaba, sino de Napoleón III:

"No dudo ni por un momento de usted, pero viene usted de América, con su corazón puro y no desconfía de nadie. No sucedería así si conociera las intrigas

---

de las cortes europeas, yo todo lo temo de Napoleón III, que es nuestro mortal enemigo."<sup>54</sup>

Tanto temía que alguien hubiese violado la correspondencia, que sometió a Blasio a otro interrogatorio semejante al primero, esta vez hecho por el ministro Velázquez de León. Desde este punto en adelante la Emperatriz se puso constantemente más sospechosa hasta que llegó al punto de desconfiar de todo el mundo.

Como ya sabemos, el propósito del viaje de Carlota a Roma era de tener una audiencia con el Papa. Ahora bien, nos imaginamos que la recepción que éste le daría tendría algo que ver con su disposición de ánimo no solamente hacia México y la intervención, sino también con su actitud para con Carlota en persona. Por supuesto, la religión de la soberana no podía menos de tener gran influencia en el recibimiento que se le haría en el Vaticano.

En la literatura mexicana, aunque se hace mención especial de lo católico que era Maximiliano (y todos los Habsburgo), no se dice nunca de Carlota, "Era católica." Se da por sentado que sí lo era, porque sabemos que, aunque no se dice por qué iglesia se casaron, jamás se hace referencia a ninguna dificultad de esa índole. Repetidas veces leemos que Maximiliano y su esposa iban a oír misa a la Catedral, pero admitimos que ella pudiera muy bien haber ido por razones de estado. Sabemos que visitó

---

<sup>54</sup> José Luis Blasio, Op. cit., p. 240

al Papa por lo menos dos veces y que recibió su bendición, pero también sabemos que muchos protestantes han hecho la misma cosa.

Sin embargo, imagínese el lector la sorpresa que se llevaría si leyera un libro en el cual encontrara repetidas veces la aserción de que Carlota era protestante, y aun más--luterana. En su novela "El Cerro de las Campanas" Mateos repite con insistencia su declaración de que Carlota era luterana. Tengamos en cuenta que es éste el autor enemigo del imperio y que a él el peor insulto que le podía dirigir a una soberana católicorromana era precisamente el llamarla protestante; pero veamos lo que dice. En boca de Carlota misma, cuando está para hacer su primera visita al Papa, pone las palabras: "¡Dios mío! ¡El Pontífice!...! Yo, sectaria de la Iglesia luterana, tendré que recibir la bendición de ese impostor...paso por las horcas caudinas!"<sup>55</sup> En ninguna historia, ni en las de Blasio y Conte Corti que son las que con más probabilidad nos hubieran referido el lance, se menciona ni que Carlota era protestante, ni mucho menos que jamás hayan pronunciado sus labios semejantes palabras. Y más adelante tratando de pintarnos un cuadro adverso de la joven, Mateos hace uso de tal calumnia:

"Poseía en alto grado esa afectación de las cortes, en la que se sacrifica hasta la creencia religiosa.

---

<sup>55</sup> Juan A. Mateos, Op. cit., p. 133

Carlota era protestante, y, sin embargo, iba a levantar sus preces en los templos católicos de México.

Enemiga a muerte de nuestro clero, le cobraba el sacrificio de asistir a sus ceremonias, cuando su alma se envolvía en las nieblas del dogma luterano."<sup>56</sup>

Cada vez que vuelve al tema lo hace con más fervor y emoción:

"La archiduquesa había procurado humillar al clero en cuantas oportunidades se le presentaron, cobrándole su falta de galantería al recusar sus preces al rey Leopoldo, muerto bajo la creencia protestante.

El clero católico tenía razón, porque los sectarios de Martín Lutero y de Clvino no tienen entrada en el reino de los Cielos; así es que nada valían las oraciones. Para el clero católico, el rey de los belgas estaba irremisiblemente sentenciado en el juicio eterno, y la alma de la emperatriz predestinada al tercer seno de descanso de las ánimas."<sup>57</sup>

Antes de proseguir con las palabras del señor Mateos, permítasenos hacer alto un momento para mostrar que, aunque lo que dice resulta ser sumamente interesante, no es verídico. Para probarlo es necesario recurrir a la historia donde encontramos que, en la Constitución de 1831 de los belgas se requiere que el rey sea católico romano:

"A second significant factor in the Belgian development was the relation of the state to the Roman Catholic Church, whose faith was professed by the great bulk of the nation. The Constitution of 1831, while requiring the king to be a communicant of that Church, guaranteed general religious liberty."<sup>58</sup>

---

<sup>56</sup> Juan A. Mateos, Ibid., p. 303

<sup>57</sup> Juan A. Mateos, Ibid., p. 323

<sup>58</sup> Carlton Joseph H. Hayes, A Political and Social History of Modern Europe, p. 390

Sébase que el primer rey de los belgas fué precisamente Leopoldo I y que ocupó el trono en ese mismo año, 1831, y aún más, que fué justamente porque era católico que se le ofreció a él la corona. No estaría fuera de lugar mencionar aquí el hecho de que la madre de Carlota, una princesa francesa, era tan piadosa y tan religiosa que se le dió el sobrenombre de "Reina Santa" ("Holy Queen").<sup>59</sup> ¿Cómo podemos creer que dos personas católicas educarían a su única hija en la fe protestante?

¿No sabía el señor Mateos que se les había ofrecido el imperio mexicano a Maximiliano y a Carlota porque eran católicos devotos? Parece que no, porque después de lo que ya nos ha dicho sigue con un ejemplo específico. Se trata de la segunda visita de la "emperatriz luterana" al Vaticano:

"La emperatriz Carlota penetró en el salón de audiencia de Pío IX.

Saludó ceremoniosamente al Pontífice, sin besar el anillo de Pedro. Pío IX se inmutó ligeramente, y fingió pasar desapercibida esa falta."<sup>60</sup>

Para confutar esa acusación falsa, ¿serán precisas más que las palabras de un testigo que, católico también, sería el primero en criticar una falta de respeto hacia el Padre de su Iglesia?

"Al acercarse la Emperatriz al trono pontificio, Pío IX se puso en pie y Carlota se arrodilló para

---

<sup>59</sup> John M. Taylor, Maximilian and Carlota, A Story of Imperialism, p. 73

<sup>60</sup> Juan A. Mateos, Op. cit., p. 354

besarle la sandalia; pero el Papa, cariñosamente lo impidió, tendiéndole la mano derecha y permitiéndole sólo posar sus labios en el anillo del pastor."<sup>61</sup>

La pobre Carlota, lejos de ser protestante, era entera y completamente católica. No sólo profesaba su fe de boca para afuera, sino que en sus acciones demostraba lo profundo de su religiosidad. Cuando su marido estaba dibujando los planos que resultaron en la construcción de Miramar, ella exigió una misa diaria, y para ello se edificó una capilla especial: "Charlotte had exacted a daily mass, and for it a chapel was designed so that even the servants could hear--from the vestibule."<sup>62</sup>

En una carta que le escribió a su abuela, la ex-reina María Amalia de Francia, que vivía a la sazón en Inglaterra, Carlota le contó acerca de la llegada del Nuncio a México y continuó diciendo que esperaba que gracias a ellos (a ella y a Maximiliano) el país se haría saludablemente católico: "I hope that thanks to us this country will become healthily Catholic."<sup>63</sup>

Antes de concluir con este problema de la religión nos parece casi indispensable citar un pasaje más del libro de Mateos que, si se lee sabiendo que Carlota era una de las personas más devotamente católicas de su día, no puede menos de causarnos enojo, si somos católicos, de pensar

---

<sup>61</sup> José Luis Blasio, Op. cit., p. 264

<sup>62</sup> E. H. Gruening, Op. cit., p. 110

<sup>63</sup> E. H. Gruening, Ibid., p. 110



que a una mujer de nuestra religión se le pondrían tales palabras en la boca, y gracia, si no lo somos, de pensar que se le hayan atribuido frases tan altisonantes y tan en contra de su credo a esta piadosa criatura. Se trata de la conversación que tuvo la emperatriz con el Papa:

--Pero yo no le hablo a Su Santidad de una reforma religiosa, sino puramente de disciplina.

--Así empezaron esos relapsos de Calvino y Martín Lutero.

La orgullosa protestante se sintió herida en su sentimiento religioso, y, sin poderse contener, se alzó de su asiento, y dijo con tono concentrado:

--Martín Lutero era el hombre de la abnegación, el sabio reformador rebelado contra esa corrupción del lujo del catolicismo: Lutero proscribió las imágenes y alzó en los templos sólo y único, el símbolo de la Redención!"<sup>64</sup>

Fué poco después de esta segunda entrevista con el Pontífice que Carlota volvió inesperadamente al Vaticano y, arrodillada ante los pies de Pío IX y sollozando, le pidió a éste que le diera albergue. La joven había llegado a sospechar de todo su séquito menos de su camarista vienesa Matilde Doblinger, y temía que la asesinaran de un momento a otro. Tenía fija la idea de que tratarían de envenenarla y, por lo tanto, rehusó comer cuanto se le ofrecía. Hasta en el palacio del Papa no quiso tomar más que lo que se había preparado para él. Tanto insistió en quedarse bajo su protección que por fin transformaron una de las espaciosas bibliotecas en dormitorio para ella y su dama. Y de ese modo, por primera y última vez que

---

<sup>64</sup> Juan A. Mateos, Op. cit., p. 357



registre la historia, una mujer pasó la noche en el palacio papal.

Al día siguiente la llevaron de regreso a su hotel donde su fiel doncella tuvo que preparar todas sus comidas en una estufa de alcohol en su propia habitación. Había llegado a tal punto su locura que salía a beber agua de las diferentes fuentes de la ciudad con un vaso que había "robado" del Vaticano. Aunque hacía que se matase y preparase una gallina bajo su propia inspección, antes de comerla, le daba un pedazo a su criada y otro a un gato que había mandado buscar para el propósito de probar todos sus alimentos. Cuando por fin llegó su hermano menor, el conde de Flandes, ya se la había declarado incurablemente loca. Primero la llevaron a Miramar, pero más tarde la trasladaron a un viejo castillo de Bélgica, el castillo de Bouchout.

Nancy Barnes nos dice:

"Así terminó la pequeña Carlota, la joven de origen real que pedía demasiado a la vida. Era valiente y buena, tomó las obligaciones de su realeza con intensa seriedad. Quería hacer bien, tanto como llegar a ser magna y grande. Por sobre todo, quería todo esto para el hombre que amaba más de lo que se había amado nunca a sí misma."<sup>65</sup>

Y en realidad no estaría del todo mal decir que Carlota Amalia, Emperatriz de México, murió en octubre de 1866 a los veinte y seis años de edad. Sin embargo, sabemos que la sombra de esa misma Carlota Amalia siguió

---

<sup>65</sup> Nancy Barnes, Op. cit., p. 214

caminando por sus jardines, insistiendo en que se la tratara como a una emperatriz. Todas clases de mitos han surgido acerca de lo que hizo durante los próximos sesenta años. Hay quienes creen que fingió su locura; hay quienes dicen que nunca supo que Maximiliano fué muerto en Querétaro en 1867 y que le escribía cartas todos los días. Otros dicen que se sentía continuamente infeliz y desdichada pero que no podía recordar la razón de su desgracia. Por fin se nos ha dicho que tenía grandes ilusiones y que llegó a tener la ilusión de que era ella el Emperador de México.

Sea como fuere, se sabe que tuvo momentos de lucidez en que parecía ver con claridad los acontecimientos que sus médicos y amigos deseaban ocultarle. Lo que definitivamente no querían que averiguara era lo de la muerte de su desafortunado marido, y sin embargo, una fuerza sobrenatural, o lo que se llama la intuición de una mujer, le hizo saber el destino de aquél que tanto amaba. ¿Cómo dudarlo si sabemos que fué justamente el conocimiento de la suerte que le esperaba a Maximiliano si ella fracasaba en Europa que le hizo perder la razón? En "Miramar" presenciamos uno de sus momentos de lucidez:

"Ha muerto, ha muerto, Rosa Munz. Lo vi la otra noche con el pecho cubierto de sangre...pálido, muy pálido. Con el pecho cubierto de sangre...Me miraba con sus ojos azules...Tristemente, tristemente...Quiso hablar, Rosa Munz, y sus labios no se movieron...Tendí mis brazos y se perdieron en el vacío...¿Por qué no me dicen la verdad, Rosa Munz?...

---

¿Por qué no me dicen la verdad?"<sup>66</sup>

Y con la desesperación que le viene a uno de pensar que todo el mundo lo trata como a un niño o un imbécil, volvía a perderse en esas tinieblas consoladoras que disipan todas las preocupaciones terrenales.

Para los autores mexicanos es como si hubiera muerto Carlota cuando se volvió loca en Roma, porque, aparte de Julio Jiménez Rueda, ninguno la menciona más que para darnos la fecha de su muerte física. El dedica su último acto a los primeros días de la joven demente en su palacio "Miramar" para demostrar cómo algunos de sus servidores se fueron apartando poco a poco de su soberana. Por ejemplo, el Conde de Bombelles que en el primer acto le dijo a su señora: "Sabe que soy su mejor amigo..."<sup>67</sup> es el primero en buscar acomodo en la Corte de Schoembrum. Y cuando se le recuerda que no la trataba a Carlota con desdén cuando ocupaba el trono de México, dice: "Convenamos en que es triste cosa formar parte del séquito de una loca..."<sup>68</sup>

Así, con servidores que tenían siempre presente el hecho de que su ama no era más que una hermosa loca, vivió casi sesenta y un años más en Italia y en Bélgica hasta el día de su muerte: el diez y seis de enero de 1927.

---

<sup>66</sup> Julio Jiménez Rueda, Op. cit., pp. 174-175

<sup>67</sup> Julio Jiménez Rueda, Ibid., p. 74

<sup>68</sup> Julio Jiménez Rueda, Ibid., p. 161

## CAPITULO III

## CONCLUSION

El cuadro que se nos pinta en la literatura mexicana de la joven belga que por dos breves años fué Emperatriz de ese pueblo, es como el cuadro que vió Julio Jiménez Rueda en el Museo Nacional. Nos causa vivísima impresión y nos mueve a escribir algo más acerca de quien sabe despertar en nosotros tan grande interés. Fueron dos los retratos que vió el mexicano: uno de Sor Juana Inés de la Cruz y el otro de la Emperatriz Carlota Amalia. Y él escribe:

"La obsesión por adivinar el secreto de esas dos almas me llevó a escribir, en tiempo, Camino de perfección y Sor Adoración del Divino Verbo y este Miramar que vió alguna vez las candilejas y fué juzgado, como todo drama que se presenta en público, con elogio, con desdén y con malevolencia también."<sup>1</sup>

La mujer que se nos ha pintado con la pluma es realmente simpática en todo sentido de la palabra. Vemos a una joven bella, majestuosa, inteligente, caritativa y valiente cuyo animoso corazón no permite que su desdicha la hunda en la desesperación, sino que la estimula a hacer frente a sus problemas y obligaciones con la determinación, la perspicacia y el optimismo dignos de una persona de su aptitud. Su tacto, su generosidad, su devoción y su ambición de mejorar la suerte de cuantos la rodeaban hicieron que fuera amada no sólo por los belgas sino

---

<sup>1</sup> Julio Jiménez Rueda, Miramar, p. 5

también por los italianos y, por fin, por los mexicanos. Su muerte mental, tanto como su muerte física resultó en una gran pérdida al mundo.

Mas la enérgica y magnética personalidad de Carlota vive aún, no sólo en las obras caritativas y científicas en que influyó en México, sino también en los corazones de los hijos de aquéllos que la conocieron. El hecho de que hoy día, más de cuatro veintenas después de su partida de México, todavía se escriben libros acerca de ella es prueba suficiente de que su memoria no se desvanecerá, sino que seguirá infundiéndose como un sutil perfume en las almas de aquéllos que aman lo bello, lo bueno y lo verdaderamente real.

---

## BIBLIOGRAFIA

- Barnes, Nancy. Carlota, Emperatriz de México. Traducción del inglés por Jorge L. Peralta Ramos. Buenos Aires: Ediciones Peuser, 1945
- Blasio, José Luis. Maximiliano íntimo. París: Librería e Imprenta de la Viuda de Ch. Bouret, 1905
- Conte Corti, Egon Caesar. Maximiliano y Carlota. Traducción del alemán por Vicente Caridad. México, D. F.: Fondo de cultura económica, 1944
- Creel, G. "Royal Babes in the Wood". Collier's LXXVIII, no. 20, (November 13, 1926)
- Gruening, E. H. "Last Empress of México". Nation CXXIV, no. 3213, (February 2, 1927)
- Gruening, Ernest. Mexico and its Heritage. New York and London: The Century Company, 1928
- Harding, Bertita. Phantom Crown. New York: Halcyon House, 1934
- Hayes, Carleton Joseph H. A Political and Social History of Modern Europe. New York: The Macmillan Company, 1929
- Jiménez Rueda, Julio. Miramar. México, D. F.: Imprenta universitaria, 1943
- Lazo, Agustín. Segundo Imperio. México, D. F.: Letras de México, 1946
- Mateos, Juan Antonio. El Cerro de las Campanas. Génova, Italia: Carlos Maucci, 1868
- Mecham, John Lloyd. The Church and State in Latin America. Chapel Hill: The University of North Carolina Press, 1934
- "Mexico's Mad Empress Ends her Shadowy Reign". Literary Digest XCII, no. 6, (February 5, 1927)
- Montgomery-Campbell, M. "Double Tragedy of Mexico". Contemporary Review CXXXI, no. 19, (March, 1927)
- "Obituary". Outlook CXLV, no. 5, (February 2, 1927)

Riva Palacio, Vicente. Calvario y Tabor. Vol. I & II.  
México, D. F.: Ediciones León Sánchez, 1930

Taylor, John M. Maximilian and Carlotta, A Story of  
Imperialism. New York and London: G. P. Putnam's  
Sons--The Knickerbocker Press, 1894

TYPIST:

Margarita Armbruster  
301 Ramsey Street  
Stillwater, Oklahoma